

Joy Laville

Entre la paz y el vacío

Arnoldo Kraus

La línea que separa lo visible de lo invisible, lo palpable de lo impalpable y la vida de la muerte, es, a veces tenue, en ocasiones vivaz. Tenue cuando la mirada no logra desmenuzar todos los vericuetos de la realidad y vivaz cuando atrapa lo inalcanzable.

El mar inmenso, lleno de secretos, que desaparece en el horizonte, el cuerpo de la amada que despierta los sueños de la noche y el último suspiro que abre las puertas de la casa de la muerte, son universos de esas líneas delgadas, apenas visibles, casi etéreas, apenas líneas, casi humanas.

Trazos abigarrados que echan raíces en las arenas, en los mares y en los cielos que se esconden tras el horizonte. Colores que no cesan hasta perderse donde algunos dicen que la tierra termina y donde otros aseguran que el mar se llama cielo y el cielo tierra. Pinceladas que caminan hasta agotarse, llenas de palabras, y de luz, como las de Joy Laville, en las cuales uno se confunde con el horizonte.

Al ser humano le interesan los finales. Infinito, muerte, apocalipsis, paraíso, eternidad e inmortalidad son vivencias que traducen la necesidad de nombrar lo innombrable. Horizonte es uno de esos confines. Es una frontera y un límite. Es llegar pero no terminar. En él se juntan el cielo y la tierra. No todo acaba cuando la mirada agotada observa cómo el mar desaparece y cómo nace el cielo. No todo puede seguir igual cuando el ocaso entreteje cielos y océanos hasta confundirlos. ¿Qué hay después del horizonte?

Dice una historia, que cuando el mar se agota, primero calla y después se deja caer en los brazos del hori-

zonte. Casi nunca regresa. Quieto y sereno aguarda la llegada de un barco, de una gaviota, de una mujer que ama o de las líneas tenues y vivaces que dan cuerpo a las pinturas. ¿Qué hay después del horizonte?

Otro cuento sostiene que cuando el sol camina hacia abajo lo hace para confundirse con la tierra y para permitir que los cielos bajen hacia el mar y las aguas suban al firmamento. Como sucede en las obras donde la realidad se asemeja a la pintura. ¿Qué hay después del horizonte?

Una vieja canción asegura que al traspasar el horizonte reinan la paz y el vacío. Algo similar a lo que sucede cuando se tocan las puertas del infinito. Horizonte e infinito no son sinónimos pero sí vivencias similares: ambas anuncian finales pero no son finales. Quedan la paz, el vacío y la serenidad transformada en silencio. Quedan las letras que se asoman al corazón de los lienzos.

Los óleos de Joy Laville, llenos de horizontes inacabados, son testimonio de esa paz que abraza y de ese vacío que invita “a dejarse y a perderse” entre los azules tenues y los rosas vivaces. La luz puebla sus imágenes e inunda la mirada. Detiene el tiempo y llama a la quietud. Se camina entre la paz y las manos que inventan la eternidad que se esconde bajo el horizonte. El sonido de los óleos, quieto, tenue, corporal, es suficiente.

Los colores de Laville dialogan con el murmullo de los cielos y con el meneo de las aguas. Sus pinturas están habitadas por esos confines. La paz y el vacío son su lenguaje. Entre la inasible arena que muda cada día de hogar y el agua del mar que amanece en el Sur y pernocta en Occidente viven las olas de Laville. Sus luces son materia eterna. □

